



ARTÍCULO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN EL DIARIO *EL MUNDO*

01-04-2000

Ahora se cumplen los diez años del Congreso donde fui elegido presidente del Partido Popular. Tuvo lugar en Sevilla, tras una intensa etapa de cambios personales y organizativos. En octubre de 1989 habíamos mantenido resultados en la primera campaña electoral donde me presentaba a la Presidencia del Gobierno. Trabajé, en los meses siguientes, al frente de mis compañeros políticos, para llegar al X Congreso con los conceptos y los equipos de personas adecuados, con los que alcanzar progresivamente la confianza de la mayoría. La década daba también sus primeros pasos.

Mañana domingo, y en Sevilla de nuevo, echaremos un vistazo a este camino recorrido. El título de estas notas repite el lema de abril de 1990: «Centrados con la libertad». Elegimos que "centro" y "libertad" fueran los valores predominantes en la nueva andadura política que buscaba realizar el Partido Popular. La libertad individual, como un bien en sí mismo para vivir y avanzar con dignidad; el centro, como lugar de encuentro donde conservar el espíritu de la Transición. Pero también un centro verdaderamente unido y organizado, instrumento político con el que hacer posibles las reformas que toda democracia ha de emprender para no quedar atrás.

Las recientes elecciones del 12 de marzo indican el acierto de la apuesta votada en ese Congreso. La mayoría de los ciudadanos ha dado su respaldo al Partido Popular como opción política centrista y capaz de llevar las tareas que nuestro país demanda para estar en ese grupo de naciones que saben aprovechar sus oportunidades. Diez millones trescientos mil votos y 183 diputados es el mejor resultado obtenido por un partido como el nuestro desde la Transición. También supone el mayor porcentaje de apoyo popular que ningún partido gobernante tenga hoy en la Unión Europea.

Pero, junto a estos datos y hechos, importa subrayar igualmente que sería un grave error renunciar al profundo realismo político que ha presidido nuestra actuación por años. La complacencia estéril y paralizante ha sido una atmósfera completamente ajena a estas siglas. Para quienes ostentamos responsabilidades en mi partido y en el Gobierno, todo ese caudal de confianza popular tiene mucho más de compromiso estimulante que de celebración festiva.

Es sabido que el centro político español ha tenido una historia difícil. Pocas metas se han cruzado sin un previo esfuerzo tenaz. Manuel Fraga tuvo el empuje de fundar Alianza Popular y el mérito de transformarla en un numeroso partido democrático, capaz primero de representar a muchos españoles, y válido más tarde para acoger con altura de miras a varios millones más, procedentes del desplome de la Unión de Centro Democrático.

En la primavera de 1990, sin embargo, el PP ocupaba una posición secundaria en el panorama político español. El Partido Socialista revalidaba mayoría tras mayoría mientras, desde nuestro punto de vista, los objetivos que marcaban sus gobernantes no estaban ya en sintonía con democracias más desarrolladas.

Por nuestra parte, si las urnas no concedían entonces mayores apoyos al Partido Popular era porque nuestro mensaje no conectaba aún con el de la mayoría, y porque nuestras representaciones territoriales estaban necesitadas de urgente y amplia renovación. Ahí es donde se apreció, una vez más, la talla excepcional de Manuel Fraga. Se retiró del primer plano de un partido que seguía aclamándolo. Hizo honor a su palabra y rechazó, sin más, cualquier tentación de interferir en las decisiones de quienes le sucedíamos en esos momentos.

Creo que un partido no puede recuperar la fortaleza a la sombra de quienes se resisten a hacer efectivo el abandono de las máximas responsabilidades. El fundador del PP lo supo desde el primer momento y encontró en su tierra gallega el ámbito en el que seguir desempeñando su vocación y su sabiduría política.

En Sevilla el Partido Popular giró hacia el nuevo centro, el que surgía en los años 90, con la fuerza de un acontecimiento crucial: la caída del muro de Berlín. Una explosión de libertad frente a ideas y prácticas del pasado, cuya sacudida no ha dejado de sentirse también entre nosotros, los españoles, al menos de quienes hayan querido tomar nota para entrar con buen pie en el siglo XXI. Sin el Muro y desde entonces, hay mucha más convicción de que el progreso material y cívico estable surge de una combinación inteligente de moderación social y fomento de la libre iniciativa de los ciudadanos de un país. Yo también lo pienso así.

También en cualquier circunstancia invito a mis compañeros políticos a recordarse a sí mismos que forman parte de un proyecto pensado para todo el país. Un partido con vocación de gobierno y voluntad de integrar la pluralidad nacional es el corolario lógico de la idea que tenemos de España y la fórmula constitucional de 1978 es el acuerdo que nos preserva a todos de ir hacia atrás. Así lo hemos creído en el Partido Popular y comprobamos que lo piensan, por fortuna, muchos votantes de otros partidos.

Nuestras propuestas han ido encontrando eco en la sociedad española. Elección tras elección, más personas han encontrado que los programas y nuestros candidatos estaban acordes con su manera de pensar.

Gracias a ellos, en cada institución cuyo gobierno nos ha sido otorgado por la confianza ciudadana, hemos aumentado ese crédito político en la siguiente convocatoria electoral. Así ha sucedido en municipios, en comunidades autónomas y en el Gobierno de la Nación.

Durante estos diez años hemos mantenido unos ejes constantes. Tanto en las responsabilidades de Gobierno como en los bancos de la oposición, hemos sostenido un rumbo de centro. Hemos buscado permanentemente acuerdos con otras formaciones rivales, con interlocutores sociales y hemos defendido e impulsado las reformas necesarias para mejorar las condiciones de vida de los españoles. Unas condiciones que no se limitan a lo económico, sino que tienen un gran componente político en cuanto a la calidad de nuestra democracia. De ahí, por ejemplo, las reformas contenidas en el Pacto Local para mejorar el funcionamiento de las Corporaciones Locales, que suponen el poder público más cercano a los ciudadanos.

El último resultado electoral ha dejado atrás algunos mitos políticos que muchos daban por ciertos en la democracia española; mitos que a muchos convenía alimentar y que muchos otros asentían sin atreverse a dudar hasta el 12 de marzo. En medio de este cruce de épocas, el Partido Popular ha mantenido su identificación con los derechos y libertades individuales que ampara la Constitución en todo el territorio, como hemos cumplido concienzudamente el compromiso con el desarrollo de las autonomías españolas. En fin, creemos actuar cada vez más en sintonía con una más holgada mayoría aún que la electoral: personas, familias y sectores con sentido del futuro; cuántos españoles sienten que hay problemas y riesgos, pero razonan sobre las nítidas oportunidades que aguardan a un país como el nuestro.

Desde siempre, los populares hemos afirmado que el buen funcionamiento de nuestra democracia requiere de un sólido partido en la oposición. Lo hemos sostenido doctrinalmente y lo sabemos por experiencia propia. En nuestra opinión, el otro partido en alternancia debe no sólo tener presencia nacional, sino un verdadero carácter nacional, con posiciones políticas conjuntas en toda España. Esto no es que sea bueno para el Partido Popular, sino para la buena salud de nuestro sistema político. Necesitamos un partido en la oposición junto con el cual representemos los consensos básicos de la sociedad, con el que pactar los asuntos de Estado como la Justicia, la financiación autonómica, los Reglamentos de las Cámaras legislativas o la Ley Electoral. La oposición debe ser también participe de muchas de las reformas que esperan su turno.

Porque ahora es razonable proponerse llegar al pleno empleo, a medida que avanzamos en acuerdos pactados. Podemos, simultáneamente, actualizar servicios públicos decisivos en el nuevo siglo como son la Educación y la Sanidad. Estamos en condiciones de sostener unas pensiones dignas para los mayores. Todo depende de un marco más favorable donde los emprendedores sean reconocidos más que obstaculizados, de un sistema fiscal más justo que beneficie a las familias. Son ejemplos de cambios positivos que vamos a llevar a cabo con el trabajo, el esfuerzo y la ilusión de quienes se sienten respaldados por la sociedad.

Atravesamos por años de amplias posibilidades. En el instante de un aniversario, vale mentar las palabras de Antonio Maura, dichas en 1891 y en el Congreso: "en política se corregirán los errores; lo que no se recobra nunca son las oportunidades".